El Hechizado Vestido de la Bella Condesa

Jenifer Baulo Feijoo □□

Capítulo 1

«Oh, musas, decidme, ¿quién, en su afán de egoísmo, destrozó la

vida de miles?»

Palacio del Odio, Mundo de Eris

Neikea se paseaba por su oscuro palacio algo aburrida. Odiaba sentirse así. ¿Qué estaría pasando en el mundo de los mortales? Se retiró su larga melena negra y chascó los dedos. Frente a ella, y entre un humo grisáceo, apareció uno de sus sirvientes arrodillado.

—Me aburro... traedme el espejo.

Mientras su leal siervo cumplía sus órdenes, Neikea jugueteaba con su vestido. Era una pieza única. El corsé, de un intenso verde esmeralda y mangas con brocados florales confeccionados con hilo de oro y plata, destacaba sobre la camisa de seda que llevaba debajo, de un blanco apagado, cuyas mangas caían en largos volantes. La falda, de un verde oscuro y muy vaporosa, no dejaba ver sus botas.

Su siervo apareció portando un enorme espejo negro de hierro forjado, que se retorcía alrededor del cristal cual hiedra sobre roca, y coronándolo, una hermosa flor de cerezo. Neikea tocó el cristal y unas imágenes se sucedieron. Nada vio que le interesara y al cabo de un rato se cansó. Chascó los dedos y las imágenes desaparecieron. Se vio reflejada en el espejo, con aquel hermoso vestido, y, una brillante idea cruzó su mente. Belleza, codicia, ignorancia... solo de pensar en la discordia que desencadenaría un simple acto de bondad por su parte en el mundo de los mortales, la hacía arder en deseo.

Caminó por su palacio. Era de noche y no precisamente oscura, puesto que su única luna, Disonomia, brillaba intensamente, guiando sus pasos a través del enorme y magnifico palacio de piedra oscura y fría. Llegó a una gran puerta de madera y la abrió estrepitosamente, en su interior un gran fuego ardía. Había armas por todas partes y un sonido metálico se repetía continuamente. El humo salía sin cesar, alguien estaba trabajando en los hornos, avivando los crisoles con el fuelle.

—¿Viene a por su guadaña, majestad? —preguntó el herrero.

—La verdad es que si —se acercó a la mesa de piedra grisácea y miró su imponente y enorme guadaña. ¡Incluso Tánato estaría celoso de aquella maravilla! —. Con esto seré capaz de concentrar mi poder…

Neikea la cogió con gran maestría. Estaba afilada y brillaba, pues estaba hecha del mejor metal. Ella sintió como el poder emanaba, sonrió satisfecha y desapareció entre las sombras.

«Toda obsesión conlleva un alto precio.»

Castillo de Čachtice, 4 de enero de 1604, Hungría

—¿Creéis en la magia?

La mercadera se paseaba por los alrededores del castillo portando únicamente una capa andrajosa con la que se cubría y una alforja. Había estado buscando un lugar cómodo para sentarse y reponer fuerzas, pero en el camino se había topado con una hermosa mujer que parecía realmente afligida.

—¿Cómo os llamáis, querida? —preguntó aun sabiendo la respuesta.

—¿¡Cómo osáis hablar conmigo!? —se escandalizó la mujer que intentaba ocultar sus lágrimas.

—No era mi intención molestarla, majestad, pero os he hecho una pregunta. ¿Creéis en la magia, Condesa Elizabeth?

La Condesa no tenía fuerzas ni ganas para discutir con aquella harapienta mendiga, así que optó por seguirle la corriente.

—¿Puede esa magia de la que habláis traerme de vuelta a mi esposo?

—Así que eran ciertos los rumores, el Caballero Negro ha muerto. ¿Tanto le amabais que deseáis devolverlo a la vida?

—No lo amé ni lo amo, no os confundáis, él me hacía sentir hermosa, la más bella del reino, a su muerte —sonrió—, todo lo que me queda es esperar la vejez.

—Oh... pobre, tal vez os pueda ser de utilidad –la mercadera abrió su alforja y extrajo un paquete envuelto con cuidado y esmero en una suave tela—. Comercio con sedas e hilos de gran calidad por todo el mundo. Os regalaré este vestido que perteneció a una hermosa reina cuya belleza era de otro mundo. Según cuenta la leyenda, quien se vista con él jamás tendrá que sufrir los estragos de la edad...

La Condesa Elizabeth le arrebató a la mercadera de las manos el paquete y río.

—¿Esperáis que me crea, que una mendiga sucia y mal vestida tiene en su poder semejante tesoro? ¿Dónde lo habéis robado? ¿Queréis timarme?

—Nada más lejos de la realidad, su majestad. Este vestido perteneció a mi familia, es una pieza única, y me cuesta deshacerme de ella… pensé que, si os lo regalaba, os podría hacer feliz.

La Condesa no se creía del todo las palabras de aquella anciana, pero cuanto más tocaba la tela que envolvía el vestido, más lo anhelaba.

—Espero que no intentéis recuperarlo, porque entonces ordenaré que os decapiten —acarició la tela morada con la que estaba envuelto el paquete—. Supongo que una mujer vieja y fea como vos no puede apreciar dicha leyenda y por eso se deshace de tal joya. Espero que sea cierto, mercadera, porque si no, os perseguiré y torturaré hasta que me canse.

—Yo no miento nunca querida —la mercadera cerró su alforja y se acomodó la capa—. Espero que os agrade el regalo, ahora he de seguir mi camino.

La Condesa se apresuró a volver al castillo. Su mayordomo la esperaba impaciente para hablar de los preparativos para el funeral, pero la Condesa tenía cosas más importantes que atender. Caminó por los largos pasillos hasta su alcoba. Una vez dentro, ordenó a dos de sus doncellas que abriera el paquete mientras la otra la desvestía.

La doncella, servicial, abrió el paquete con sumo cuidado. Deshizo el lazo, tiró de la cinta y la tela morada se deslizó suavemente. La doncella cogió el vestido para verlo más de cerca.

El chaleco encorsetado, de un intenso verde esmeralda con brocados florales confeccionados con hilo de oro y plata, destacaba sobre la camisa de seda que llevaba debajo, de un blanco apagado, cuyos puños acababan rectos con un sencillo botón de oro. La falda, de un verde oscuro y muy vaporosa, no dejaba ver sus botas.

La doncella dejó de admirar aquella maravilla de vestido, que jamás podría llegar a permitirse, y comenzó a desabrochar el corsé, cuyos cordones ataban por delante, ofreciendo un generoso y sugestivo escote. Entre las doncellas vistieron a la Condesa Elizabeth rápidamente ya que parecía que el vestido se adaptaba perfectamente a su cuerpo.

—Señora Báthory, puede mirarse al espejo.

Elizabeth se giró. No podía negar que el vestido era una maravilla, pero sus arrugas y su cansancio seguían persistiendo. La magia era un engaño.

—¡Voy a matar a esa inútil mercadera! —chilló enfadada.

Se agarró el cabello llena de ira, caminando inquieta por su habitación. En un ataque de rabia tiró su espejo al suelo. Aplastando la flor de cerezo que coronaba el espejo, dejando el suelo cubierto de cristales.

—Su majestad…—la doncella habló calmadamente, intentado tranquilizar a la Condesa—. Siéntese en su tocador, peinaré su cabello.

Elizabeth se mordió el labio, inquieta, pero accedió a sentarse y dejarse cepillar el pelo. Las juveniles manos de su doncella comenzaron a acariciarla. Un nudo rebelde de su pelirrojo cabello la hizo quejarse de dolor, se levantó furiosa y abofeteó a su doncella. El botón de la camisa rasgó la delicada piel de la joven, salpicando unas rojizas gotas de sangre en la piel de la señorita Báthory. Ésta contempló la sangre durante unos segundos mientras su doncella, asustada, esperaba su castigo. Elizabeth restregó la sangre por su mano. Las arrugas desaparecían. Maravillada, llamó a su mayordomo Thorko y a su servicial ama de llaves Dorottya. Les ordenó arrastrar a su joven doncella a la bañera, degollarla y llenar la bañera con su sangre.

Elizabeth Báthory era feliz, había descubierto el secreto de la belleza y juventud eterna. Había consultado a brujos y hechiceras sobre la magia roja y, parecía que bañarse en sangre, no era suficiente para permanecer joven y bella. Comenzó a beberse la sangre, excitada y deseosa. Cada día que pasaba aquella práctica la obsesionaba más. Mezclaba placer carnal y lujuria. Pero todavía no era suficiente. No sólo su forma de beber y bañarse en sangre había cambiado, también sus torturas para poder extraer la sangre. Su arma favorita eran las hachas y, cuanto más grandes y afiladas, mejor. De esa manera la sangre salpicaba cual lluvia sobre la piel.

Las sirvientas, doncellas y campesinas, jóvenes y virginales que encontraba, tampoco eran suficientes. Aspiró a jóvenes de alta cuna con engaños y promesas que jamás cumpliría...

Castillo de Čachtice, 7 de julio de 1610, Hungría

Hacía años que las quejas sobre las practicas inhumanas y depravadas que se oían en el Castillo de Čachtice habían llegado a oídos del emperador, pero tales quejas habían sido ignoradas por provenir de campesinos del lugar. Poco importaban sus opiniones. Pero ignorar las quejas de aristócratas y burgueses, duques y condes, familias poderosas y adineradas, era imposible. Ya que la Condesa Báthory había cometido el error de tocar a hijas de alta cuna, al emperador no le quedó más remedio que enviar a varios hombres de su confianza a investigar los extraños

sucesos que podrían acontecer en el castillo de la Condesa.

Pero los soldados no estaban preparados para lo que vieron. Al irrumpir en el gran salón del castillo, lo primero que encontraron fue el cuerpo pálido y desangrado de una mujer y, a su lado, había otra mujer terriblemente torturada; la habían apuñalado una y otra vez, su cuerpo había perdido la forma. Unos pasos más allá encontraron a otra mujer, ferozmente azotada y desangrada, con cera de vela pegada por todo el cuerpo. Alarmados, no dudaron en bajar a los calabozos, donde encontraron a gran cantidad de niñas, jóvenes y mujeres, por suerte aún vivas. Lucían sucias, pálidas y desaliñadas, todas tenían señales de haber sido torturadas en numerosas ocasiones.

La Condesa Báthory se paseaba desnuda por su habitación. Había oído a los soldados irrumpir en su salón. No tenía escapatoria. Ordenó a una muchacha asustadiza que la ayudara a ponerse su vestido favorito, atando el corsé y ajustando la falda. Elizabeth se miró al espejo por última vez, al menos no iba a morir fea, vieja y arrugada. Empujó a la muchacha al baño, seguida por su fiel mayordomo y por su ama de llaves.

—¿Dorottya? ¿Dónde está mi hacha? —la Condesa oía como los soldados aporreaban su puerta—, ya que me han descubierto que al menos me vean poderosa.

Los soldados consiguieron tirar la puerta abajo y ver el interior de los aposentos de la señorita Báthory. Eran inhumanas aquellas armas de tortura. Los soldados oyeron un grito desgarrador y sin pensarlo dos veces echaron abajo la puerta del baño. Sorprendieron a Elizabeth Báthory en medio de uno de sus rituales sangrientos, acompañada de su mayordomo y su ama de llaves. La Condesa Báthory llevaba en sus manos el hacha que tanto le gustaba. Elizabeth la dejó caer al suelo, clavándola en el cuerpo aún con vida de la muchacha a sus pies, salpicando su piel y su elegante vestido verde de sangre. Los soldados no lo dudaron ni un segundo y detuvieron a la Condesa y a sus cómplices, llevándolos a la prisión más cercana, a la espera del juicio. El mayordomo fue condenado a morir decapitado y el ama de llaves a morir en la hoguera. Báthory contaba con la ventaja de ser noble, por lo que la condenaron a morir lentamente, emparedándola en su dormitorio, dejándola una pequeña ranura por la que le darían de comer y beber. Cuando la Condesa ya llevaba unos cuantos meses encerrada, algo inesperado sucedió. Una mujer la despertó.

—He venido a por lo que es mío —le dijo la mujer.

Elizabeth la observó. Era muy hermosa. Su largo cabello negro le caía cual cascada por su espalda. El vestido negro realzaba su figura y embellecía

su pecho. El collar de plata en su cuello brilla intensamente.

—Ya no poseo nada.

—Claro que aún posees algo, yo misma te lo regalé hace años —sonrió.

Elizabeth siguió la mirada de la mujer. Estaba mirando su vestido.

—No... —logró decir la Condesa—, es lo único que me hace sentir hermosa, no podéis llevároslo —respiraba con dificultad, se sentía ansiosa.

—Claro que puedo, es mío – entre sus manos una enorme y afilada guadaña apareció entre las sombras—. Ha sido una grata diversión querida, ver cómo os obsesionabais con la belleza... ha sido vuestra perdición y yo, Neikea, la he alimentado simplemente con un acto bondadoso —le susurró al oído—, haciéndoos un regalo – sonrió -. ¡Qué divertido!

Neikea con un movimiento grácil de su guadaña le arrebató el vestido a una Condesa anonadada. Ahora ella volvía a poseer su preciado vestido, dejando a Elizabeth desnuda.

—¿Vos erais aquella mercadera tan vieja y horrible? —recordó perspicaz la Condesa.

Neikea no contestó, de hecho, la estaba ignorando. Volvía a lucir su precioso corsé verde y dorado, y se miraba en el espejo roto de la Condesa. Aquel vestido era increíble, no recordaba en qué momento había llegado a sus manos, pero lo que si recordaba era a quién se lo había robado. Sonrió.

—¿Por qué me habéis hecho esto? —lloró la Condesa—, ahora no seré capaz de escapar de mis deseos más oscuros...

—Es que... - contestó Neikea con lentitud, sin prisa -, es que me aburría —dijo sonriendo apoyándose en su guadaña.

Elizabeth Báthory abrió los ojos sorprendida, ahogando un grito de desesperación.

—Todo esto... ¿¡por qué os aburríais!? —logró preguntar.

Neikea miró a la Condesa, y mientras desaparecía en medio de las sombras, sonrió.

—¿Y vos? ¿No lo habéis disfrutado? Nunca os obligué a nada…

La risa de Neikea se quedó haciendo eco en la cabeza de la Condesa, hasta el día en que murió.

«La codicia y el deseo pueden llevarte a la locura»

Finca Troitskoe, 20 de mayo de 1758, Moscú

—¿Creéis en la magia?

La mercadera se paró al lado de la calesa y se asomó por la ventana. En su interior descansaba una hermosa mujer que rozaba los treinta años. Era algo mayor para los tiempos que corrían, era ingenua, estaba asustada y la ira no la dejaba ver con claridad.

—No tengo tiempo para vos, sucia mercadera —la mujer apartó la cortina de la venta—. Mi Nicolás... mi Nicolás... —repetía una y otra vez—. Ha cometido el error de largarse con esa ramera. ¡Pienso encontrarlos y matarlos con mis propias manos!

—Veo que habéis sufrido mucho, Condesa Darya Nikolayevna, ¿o debo llamaros Condesa Darya Ivanova? —sonrió—. Deseo ofreceros este presente, tal vez pueda animarla... —la mercadera abrió su alforja y extrajo un paquete envuelto con cuidado y esmero en una suave tela—. Perteneció, según cuenta la leyenda, a una diosa cuya belleza no era de este mundo. Más tarde lo adquirió una Condesa de una remota tierra. La conocían como la Condesa más Bella del reino, pues su belleza era admirable —la mercadera sonrió al ver el brillo codicioso en los ojos de la Condesa Darya—. Se preguntará porqué ambas mujeres eran hermosas, bien, el vestido que se haya dentro de este paquete es mágico, contiene el secreto de la juventud y belleza eterna.

—¿Y vos pretendéis regalármelo a mí? —preguntó Darya algo recelosa.

—Veo el dolor y la pena en vuestros ojos, hace tres años perdió a su marido Gleb Alekseevich Saltykova, y ahora, su amante Nicolás Tyuchev, huye con una mujer doce años más joven que vos.

—¡Seréis impertinente! —aporreó con su bastón de oro el suelo de la calesa, indicando a su cochero que estaba cansada de esperar—. Llego tarde, la fiesta de los Tolstoi ya debe haber empezado.

—Quédese con el vestido Condesa, si no os gusta puede devolvérmelo,

siempre estoy por aquí...

La Condesa cogió el paquete de mala gana, en el fondo no sabía si era lo que quería. Ordenó a su cochero regresar a su finca, pues no le apetecía aparentar normalidad frente a las familias Davidovs y Pushkin, tan sumamente relacionadas con la familia de su difunto marido.

Se desvistió lentamente, no tenía ganas de nada, salvo de arrancarle el corazón a aquella dichosa mujer, que le había arrebatado lo único que la había sacado de aquella oscuridad, aquella oscuridad que había aparecido cuando su querido Gleb falleció sirviendo a la Guardia Real.

Darya cogió el paquete de la mercadera. Deshizo el lazo, estiró de la cinta y la tela morada se deslizó suavemente. Cogió el vestido para verlo más de cerca.

Un corsé bajo pecho, de un intenso verde esmeralda con brocados florales confeccionados con hilo de oro y plata, destacaba sobre la camisa de seda que llevaba debajo, de un blanco apagado, cuyas mangas caían en largos volantes. La falda, de un verde oscuro y muy vaporosa, no dejaba ver sus botas.

—En realidad es una maravilla...

La Condesa Darya no tardó en ponerse aquel llamativo vestido y en encontrar el secreto de la belleza y juventud eterna. Fue así como, con la complicidad de varios de sus sirvientes, la ayudaron en su descabellado delirio. Los sirvientes sujetaban a las jóvenes vírgenes mientras ella las torturaba y bebía su sangre. Al finalizar dicho acto atroz, sus leales siervos se encargaban de deshacerse de los cuerpos. Cualquier excusa era buena para Darya. Si una sirvienta hacía mal una tarea, la torturaba. Si una doncella la aburría, Darya se divertía matándola. Si una doncella se reía entre las paredes de aquella casa, Darya las cogía del pelo, las arrastraba y les golpeaba la cabeza contra la pared, una y otra vez... Les echaba agua hirviendo por encima, las chamuscaba el pelo, arrancándoselo brutalmente para ver emanar por aquellos pequeños puntos, la sangre por la que había enloquecido. A veces, en invierno, las dejaba en el patio, atadas a un árbol y desnudas, pero sin que llegaran a morir del todo, pues una vez dentro de su cálida casa, el fuego avivaba el calor y la sangre de sus cuerpos fluía con más fuerza. Su obsesión por la belleza, acabó manchada por la sangre y encloquecida por el placer que sentía al torturar carne joven.

Encargó a los mejores herreros, el hacha dentada más afilada de toda Rusia. Pues aquella maravilla de hacha podría lograr traspasar la carne, desgarrarla, hacer brotar la sangre y que la muchacha torturada aun

siguiera con vida.

Como era de esperarse, las quejas de los campesinos empezaron a surgir, pues se estaban quedando sin esposas, hijas y hermanas. No obstante, las autoridades no se atrevieron a hacer nada, teniendo la desfachatez de sancionar a algunos de aquellos pobres campesinos que intentaban defenderse. La posición social que ocupaba Darya Saltykova y el poder económico que ejercía, la protegían.

Plaza Roja, 2 de octubre de 1768, Moscú

Algunos sirvientes habían logrado escapar de la finca de Darya y lograr que Catalina II La Grande, se enterara de las horrorosas atrocidades que la Condesa se atrevía a cometer tras sus muros.

Catalina, horrorizada por tales actos, no quiso pecar de imprudente, ya que Darya era una aristócrata importante, no quería tener enemigos entre la sociedad que logró posicionarla como "la madre de todos los rusos". Dejó que el Colegio de Justicia se encargara del caso y, después de seis años de investigación, Catalina dictó cadena perpetua y la muerte para la Condesa.

Catalina miró la Plaza Roja atestada de gente. Darya yacía encadenada y desnuda en una plataforma, con un cartel colgando de su cuello; ‹‹*Esta mujer ha torturado y asesinado*››. Durante el tiempo que Darya permaneciera allí arriba, cualquiera que lo deseara podía insultarla, tocarla, humillarla o lanzarle piedras, pero nadie se atrevía a hacerlo. Sólo pasaban por allí con curiosidad e indignación, nadie lanzó ni una sola piedra, ni tan siquiera un insulto. Darya no merecía esa atención. Era una situación extraña, a Darya no parecía importarle lo que los demás pensasen, era hermosa y joven, aunque despojada de su hacha dentada y de su magnífico vestido, se sentía algo vacía y desprotegida. Entre la multitud de la Plaza Roja reconoció a la mercadera que le sonreía, ésta pronunciaba lentamente enseñando sus negros y sucios dientes. ‹‹*Pronto nos volveremos a ver*››.

Uno de los sirvientes de la emperatriz se alarmó al ver a Darya, al observar cómo sus ojos miraban asustada a la nada.

—Los ojos de esa mujer no son de este mundo... —se atrevió a decir.

Catalina se cansó de tenerla allí y procedió a ordenar el traslado de la Condesa al Convento Ivanovsky. Darya le suplicó desesperadamente, en un acto que sorprendió a todos, que le permitiera llevarse con ella un único vestido. Su vestido. Catalina accedió a tal absurda petición, sólo era

un vestido.

Darya aceptó su condena, siempre acariciando la suave tela de su vestido. A su llegada al convento, la habitación había sido especialmente hecha para ella; no tenía ventanas, las paredes eran de madera y la única luz que se presentaba ante sus ojos era la de la única vela que sólo le permitían prender a las horas de la comida. El resto del día, la oscuridad era absoluta.

—Bonito lugar para morir, la oscuridad es a veces un poco infantil, le gusta jugar... —una voz entre las sombras desconcertó a la Condesa—. No os asustéis querida, sois todo cuanto deseasteis, pero, ¿a qué precio?

La luz de la vela se encendió por si sola a la vez que la extraña mujer de las sombras hablaba.

—¡Que divertida sois! Habéis tenido el mismo y trágico final que Elizabeth, pero habéis sido mucho más divertida que ella —río.

Darya miró a aquella extraña mujer. Era muy hermosa. Su largo cabello negro le caía cual cascada por su espalda. El vestido negro realzaba su figura y embellecía su pecho. El collar de plata en su cuello brilla intensamente.

—He venido a por lo que es mío —le dijo la mujer.

Darya la observó.

—¿Cómo habéis logrado entrar? —la Condesa se encogió de hombros—. No importa... —miró a la extraña mujer surgida de las sombras—. Ya no poseo nada. Llegáis tarde.

—Vaya, al igual que Elizabeth, ansiabais por encima de todo la belleza y la juventud, que es lo que poseéis, sin embargo… decís que no tenéis nada. Curioso… —sonrió—. Vengo a por el regalo que os hice hace años.

Darya siguió la mirada de la mujer. Miraba su vestido.

—¡No! —chilló Darya pegándose contra la pared.

—¡Sí! —Neikea parecía pasárselo bien.

—¡Vos sois aquella sucia mercadera!

—¿De qué os sorprendéis, querida? Ya os dije que nos volveríamos a ver.

—No pienso devolveros el vestido, un regalo es un regalo, yo... —la Condesa enmudeció. La mirada de Neikea parecía contener todo el odio

del cosmos.

En las manos de Neikea apareció entre las sombras una afilada guadaña. Con un grácil movimiento de su mano, le arrebató el vestido a una Condesa asustada. Ahora ella volvía a poseer su preciado vestido, dejando a Darya desnuda.

—¿Quién sois?

Neikea sonrió mientras acariciaba las mangas de su corsé. El vestido volvía a ser suyo. ¡Qué poderoso era!

—¿Sabéis? Los dioses que somos ignorados a veces nos sentimos despreciados, hacemos uso de vuestra necedad y miedos en vuestra contra —contestó la diosa—, y —pausa dramática—, me aburría.

Darya Saltykova abrió los ojos sorprendida, ahogando un grito de desesperación.

—Todo esto... ¿¡por qué os aburríais!? —logró preguntar.

Neikea miró a la Condesa, y mientras desaparecía en medio de las sombras, sonrió.

—¿Y vos? ¿No lo habéis disfrutado? Nunca os obligué a nada… solo os hice un regalo.

La risa de Neikea se quedó haciendo eco en la cabeza de la Condesa, hasta el día en que murió.

«Por eso odio a los mortales, porque son capaces de manipular el alma de un dios.»

Palacio de Marivent, 8 de agosto de 2020, Palma de Mallorca

—¿Creéis en la magia?

La joven de trece años miró a esa extraña mujer. Llevaba un vestido negro, bastante sencillo.

—¿Quién eres? ¿Cómo has entrado en mi habitación?

—¿Qué importa eso, Condesa? He venido a regalaros esto —la mujer le enseñó un hermoso vestido bordado en oro y plata.

La Condesa lo miró recelosa. No esperaba a nadie y menos un regalo. Desconfiaba de la mujer, pero una extraña sensación la hacía pensar que no era peligrosa.

—¿Y para qué quiero ese vestido?

—Os puede hacer la mujer más hermosa sobre esta tierra de mortales.

—Mmm... —la Condesa parecía meditarlo—hablas bastante raro… pero no, gracias, muy amable por el regalo, pero no lo necesito.

Neikea sonrió y guardó el vestido.

—Condesa, sois muy lista, quizá sea porque sois joven, pero algún día os importará más la belleza y la juventud que cualquier otra cosa, o eso creeréis hasta el día en que lo perdáis todo y solo os quede eso.

—No me preocupa perder mi belleza, mi juventud o ambas, más me preocuparía perder a mi familia. Las prioridades de cada uno.

Ambas se miraron largo rato. Al final Neikea se decidió a hablar.

—Tendré que ir a otro mundo a mitigar mi aburrimiento, habéis resistido la tentación como nadie lo había hecho en siglos o quizá ni siquiera oigáis esa voz… puede que vuelva dentro de unos años y os haga la misma pregunta.

—Volverás —la Condesa sonrió — y seguiré sin necesitarlo.